

DEL PASADO PROXIMO CACEREÑO

De Canalejas a la Reina Católica

(1904)

ENTRE las dos notas que matizaron el año —la visita de Canalejas y la celebración del IV centenario de Isabel la Católica— discurre el cotidiano vivir por cauces tranquilos, solo alterados por las preocupaciones del encarecimiento de vida y jornales. De las estadísticas de entonces tomamos los curiosos datos que siguen, datos que causaban consternación en las amas de casa y en los patronos, y que hoy nos parecen una soñada fantasía:

Los precios de los artículos de primera necesidad eran los siguientes: pan de 90 gramos, 34 céntimos de peseta; un kilo de garbanzos o de arroz, 60; judías, 20; de bacalao, 1 peseta y 50 céntimos; de tocino y chorizo, 2'50; litro de aceite, 1'20; kilo de carbón, 10 céntimos.

El precio medio mensual de una vivienda modesta se fijaba en diez pesetas. La soldada diaria de un obrero del campo solía oscilar entre 1 peseta y 1'25, en invierno, y 2 y 2'50, en verano. Un oficial de albañil percibía 2'50; un peón, 1'75; el carpintero, 2 pesetas; el zapatero y el sastre, 1'50; el corcho-taponero —¡gran privilegiado!—, 3'50.

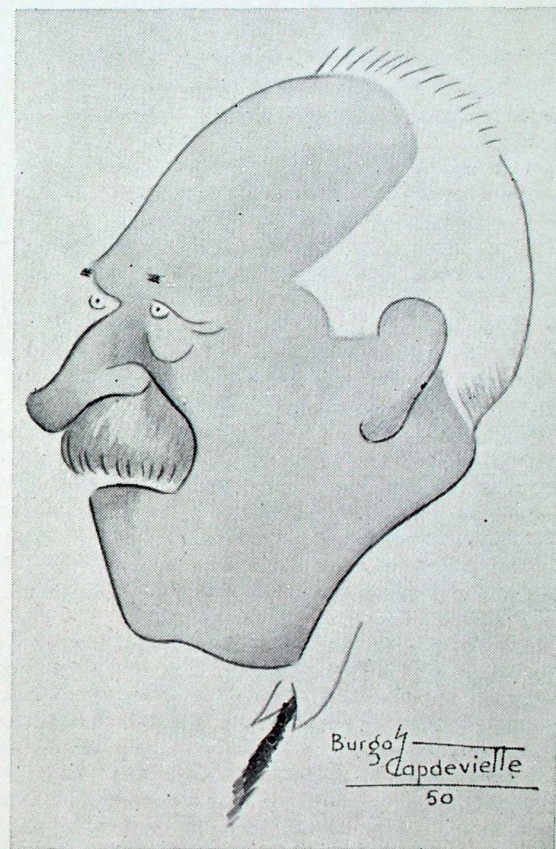
Con un real en el bolsillo, los cacereños pasaban el día, sin privarse de ir al café ni de admirar las preciosas panorámicas de Cáceres, que presentaba el cine de los señores Gómara y Miranda, sacadas por el aficionado don Julio González.

Al comienzo del año, el 21 de enero, el ilustre tribuno don José Canalejas vino a nuestra ciudad, en viaje de propaganda política del partido que acaudillaba Montero Ríos. Llegó a la estación a las nueve menos cuarto de la noche, en el tren de Mérida, siendo recibido con música, cohetes y vivas. Le acompañaban los señores García Prieto, Rodríguez, Marqués de Valdeterrazo y López Mora.

A la entrada de la ciudad los de su partido político habían levantado un arco en el que se leía: «Democracia. Libertad».

Desde la estación hasta la casa de don José Trujillo Lanuza —hoy Colegio Notarial—, donde debía alojarse, se organizó una caravana de coches, que avanzaba entre antorchas y vivas. La jefatura de esta «claque» se confirió a un popular individuo, apodado *Medio C...*, al que habían hecho aprender una larga lista de adecuados gritos, tales como «¡Viva el prohombre liberal!», «¡Viva el gran demócrata!», «¡Viva el amante de la Libertad!», etc.

Fiel cumplidor de su misión, el citado individuo, subido en el estribo del coche en que iba Canalejas, ni un momento dejó de lanzar sus gritos, que a coro eran contestados por sus secuaces con estentóreas vivas. Pero como la tarea había comenzado al salir de la estación, cuando llegaron a la entrada de la calle de Pintores, al paso



GALERIA DE COLABORADORES DE «ALCANTARA»

D. Miguel A. Orti Belmonte

lento del coche de mulas, la lista aprendida se había repetido infinitas veces. Unase a esto la creciente excitación del vociferante y el lógico azoramiento al llegar a los lugares más concurridos. Todo ello hizo que en su mente se borraran las aprendidas consignas y que, para salir del paso, enloquecido de entusiasmo, no se le ocurriera más que lanzar una y mil veces este grito: «¡Ahí va la liebre!, ¡Ahí va la liebre!, ¡Ahí va la liebre!...».

Con este único sonsonete desfiló Canalejas por calle de Pintores, Plaza Mayor, calle de Zapatería, Plaza del Duque y calle de la Audiencia, mientras el coro remataba con un «¡Viva!» cada «¡Ahí va la liebre!».

El día siguiente, a las once de la mañana, en el teatro «Variedades», adornado con banderas, guirnaldas y escudos, hubo un mitin, en el que usaron de la palabra don Rafael Durán, don José Trujillo, don José Rosado, don Diego María Crehuet, don Alvaro López Mora, don Manuel García Prieto, don Tirso Rodríguez y don José Canalejas.

Seguidamente, se celebró un banquete en el salón de sesiones del Ayuntamiento, tomando parte en los brindis los señores de la Calle, Montero, Villegas, Durán, Sánchez Breña, Herreros, Amat, Rosado, Canales, Lozano, Borja, Hermida, Armiñán, García Prieto, Rodríguez, López Mora, Sosa, Negrón, Crehuet, Palomo, Fernández Blanco, de la Villa y otros, brindando al final el señor Canalejas.

A las ocho de la noche se organizó de nuevo la caravana, camino de la estación; entre cohetes y antorchas; los vivas quedaron a cargo de los espontáneos del coro, depuesto de su jefatura el fracasado *Medio C...*

A las nueve, Canalejas y sus acompañantes marcharon en el tren de Madrid.

Los ecos de la visita del político siguieron vibrando, casi hasta empalmar con las voces que clamaban por la organización de actos conmemorativos del IV centenario de la muerte de Isabel la Católica. Solo hubo un hueco en medio, durante el verano, para comentar las diversas becerradas: de la de los empleados fueron presidentas Carmen Becedas, Gloria Valaca, Remedios y Margarita Hernández; en la de los comerciantes, Francisca Alvarez, Eusebia Santos, Pura Valiente, María Velázquez y María Pulido.

El más resonante de estos festejos fué el organizado el 2 de Junio por los jóvenes de la alta sociedad, bajo la presidencia de María Muñoz y García-Carrasco, Luz Elías, Soledad García-Pelayo y Dolores López-Montenegro, asesoradas por Jacinto Carvajal, Francisco Guerra, Pedro Sánchez-Ocaña y José López-Montenegro. Godofredo Monje, Diego Cabrera y Fernando García-Becerra fueron los matadores; Pepe Zugasti, caballero en plaza. De *Don Tancredo* actuó Antonio de la Villa. La entrada fué por invitación, resultando una fiesta animadísima.

Sobre este puente de distracciones taurinas, pasó la atención de Cáceres de la visita de Canalejas a los preparativos del centenario de la Reina Isabel, siendo promotores de esto los inolvidables erudi-

tos y literatos que formaban la redacción de la *Revista de Extremadura*.

Cáceres supo honrar la memoria de la gran Reina, tan ligada a la historia extremeña y forjadora de la grandeza hispana. El día 26 de noviembre, el Ayuntamiento, con maceros y música, se trasladó a la Iglesia de Santa María, donde se celebraron solemnes funerales, oficiados por don José Fogués, Secretario del señor Obispo.

El Panegírico estuvo a cargo del Deán de Plasencia, don Eugenio Escobar.

Habíase alzado soberbio catafalco, que remataba la corona real, alumbrado por doce hachones. Gasas y escudos colgaban de las bóvedas; en sendas rodela, lucían las cruces de Santiago y Alcántara, símbolo de dos órdenes nacidas en Extremadura.

Terminada la función, fueron descubiertas, simbólicamente, dos lápidas conmemorativas, que más tarde se colocaron, esculpidas en mármol blanco, una junto al Arco de la Estrella y la otra en la Casa de los Golfines. La primera, que aún se conserva, dice así:

«Aquí, al entrar en la N. y M. L. Villa de Cáceres, juraron sus fueros y privilegios la Reina D.^a Isabel, el 30 de Junio de 1477, y el Rey D. Fernando, el 27 de Febrero de 1479. A propuesta de la Comisión de Monumentos, consagran este recuerdo en el IV centenario del fallecimiento de aquella Reina la Diputación Provincial y el Ayuntamiento de esta Ciudad».

En la otra lápida —hoy, por fortuna desaparecida, porque desentonaba en la bella fachada de los Golfines—, decía:

«Aquí, en la casa de Alonso Golfín, su vasallo, se aposentaron Sus Altezas los Reyes Católicos, D. Fernando y D.^a Isabel».

¡Curioso enlace! ¡Canalejas y la Reina Católica! Y, sin embargo, no son tan dispares estas figuras. Ambos con gran talento, si las doctrinas de Canalejas tenían matices revolucionarios, revolucionaria fué doña Isabel. Guardando la adecuada distancia, con buena voluntad quiso el político servir a España y con suprema voluntad sirvió a España la reina providencial.

La gente de Cáceres, al hacer el enlace de los dos nombres en 1904, no se preocupó de ir a buscar parangones en la filosofía de la Historia. Tuvo bastante con comentar la visita y el centenario, mientras se lamentaba de que a un peón de albañil hubiera que pagarle por cualquier «chapuza» de un día cinco reales, y de que costara diez céntimos el kilo de carbón y veinte el de judías.

MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO



Por la vereda...

A Manuel Monterrey, con emocionada admiración.

I

La paz del campo en la tarde
maduraba su promesa.

Yo marchaba lentamente
por la indecisa vereda.

Un silencio de quietudes
sin horizontes de tierra,
me modelaba, y mi estatua
era soledad escueta.

II

Y así me habló el corazón
bajo la copa de la encina vieja:

—Ya he descansado.

Vuélveme al combate
de la dura vida inquieta.
Esta delicia de la paz me mata;
dame el peligro de la herida abierta.

III

Estruendo humano prorrumpió el silencio,
el horizonte confinó la tierra,
y en la sangre de su ocaso
hundía el sol las conciencias.

La paz del campo en la tarde
enterraba su promesa.

(Yo regresaba deprimida,
temblando, por la vereda ...)

FERNANDO BRAVO Y BRAVO